

## Chile vs. el mundo. La revista *Qué Pasa* y la “campana anti-chilena”<sup>1</sup>

Chile vs. the world. *Qué Pasa* magazine and the “anti-chilean campaign”

Alessandro Santoni<sup>2</sup>

Luciano Sáez Fuentealba<sup>3</sup>

**Recibido:** 26 de Enero de 2018 | **Aceptado:** 01 de marzo de 2018

**Received:** January 26, 2018 | **Approved:** March 01, 2018

### RESUMEN

A partir de una revisión de artículos (1973-1988), este trabajo se enfoca en la respuesta que la revista *Qué Pasa* le dio a la problemática del aislamiento internacional de Chile durante el régimen cívico-militar. La primera parte analiza el surgimiento de un planteamiento crítico respecto a la política exterior del régimen y a los efectos de las prácticas represivas para la imagen del país. La segunda, en cambio, aborda la función que tuvo, para generar consenso en torno a la dictadura y su proyecto país, la lectura de la revista respecto de la crisis política y socio-cultural de los países de capitalismo avanzado.

### Palabras clave:

*Qué Pasa* - Régimen cívico-militar - Aislamiento internacional - derecha política- Decadencia de occidente

127

### ABSTRACT

*Based on a review of articles (1973-1988), this paper focuses on the response that Qué Pasa magazine gave to the problem of Chile’s international isolation during the civil-military regime. The first part analyzes the emergence of a critical approach to the regime’s foreign policy and to the effects that the repressive practices made for the country’s image. The second part, on the other hand, deals with the function the magazine had, to generate consensus around the dictatorship and its country project, and the interpretation of the magazine regarding the political and socio-cultural crisis of the countries of advanced capitalism.*

### Keywords:

*Qué Pasa - Chilean military dictatorship - International isolation - Right-wing politics - Decline of Western civilization*

---

1 Este artículo es producto del proyecto: “El régimen militar y la derecha frente a la “interferencia” europea en el proceso político chileno (1983-88): diplomacia, propaganda y estrategias de auto-legitimación”. CONICYT/FONDECYT/REGULAR/N° 1160017.

2 Italiano. Doctor en Historia por la Universidad de Bolonia. Académico del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. [alessandro.santoni@usach.cl](mailto:alessandro.santoni@usach.cl)

3 Chileno. Magister en Ciencias Sociales, Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Académico de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Central, Santiago, Chile. [luciano.saez.fuentealba@gmail.com](mailto:luciano.saez.fuentealba@gmail.com)

## INTRODUCCIÓN

El régimen militar chileno que se instaló en el poder a partir del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, tuvo que enfrentarse a una situación sin precedentes en la historia del país. Los días siguientes a esa dramática fecha, una ola de actos y manifestaciones de protesta invadía las calles de miles de ciudades a lo largo de todo el globo, mientras la imagen del palacio de La Moneda en llamas y del General Pinochet de brazos cruzados con lentes negros se instalaban en el imaginario colectivo mundial. Esta conmoción derivó, durante los siguientes diecisiete años, en una incesante acción internacional contra la dictadura chilena, que abarcó desde el apoyo financiero prestado a la oposición por parte de gobiernos, partidos, sindicatos y fundaciones extranjeras, hasta numerosas condenas por violaciones a derechos humanos emitidas en foros como la ONU y la OEA: acciones que involucraron no solo al conglomerado de los países socialistas, enemigos naturales de la Junta chilena, sino a gran parte del mundo occidental y del llamado “primer mundo”, amistad que el régimen de Pinochet consideraba merecer, por haber derrotado un régimen marxista en el extremo sur del continente americano. Como observa Joaquín Fernandois:

“Chile quiso ser un adalid de la causa occidental y del antimarxismo en la Guerra Fría. Sólo que ésta, a mediados de los setenta, si no finalizada, sí había cambiado de carácter. Y Chile no era deseado como aliado por los países occidentales. Este hecho marcaría desde un inicio un aislamiento político casi inevitable” (Fernandois, 2005, p. 404).

128

Particularmente crítico fue el clima que el régimen encontró en Europa occidental, donde las fuerzas de izquierda hicieron suya la “causa chilena”, interpretándola, según lógicas de la historia europea del siglo XX, como una nueva página de la pugna entre fascismo y antifascismo. En EE.UU., por supuesto la dictadura contó con la favorable acogida de Nixon y Kissinger, pero posteriormente, tuvo que sortear numerosas presiones, producto del compromiso de la presidencia Carter en defensa de los derechos humanos, del asesinato del ex canciller Orlando Letelier en Washington a manos de la DINA, y, después de una breve “luna de miel” con la administración Reagan, del interés de esta para propiciar un rápido retorno a la democracia (Fernandois, 2005, pp. 425-440).

Frente a estas dificultades, la propaganda del régimen y la prensa oficialista fueron articulando una respuesta que permitiera fortalecer el consenso interno. Estas se centraron por lo general en el recurso del nacionalismo y en la promoción de la imagen de Chile como baluarte de la lucha anti-marxista en Occidente, pero asumieron distintos matices en línea con la presencia de diferentes sensibilidades y enfoques que convivían en la base de apoyo al régimen. En este artículo nos proponemos un análisis del tratamiento reservado al problema de la situación internacional del régimen por la revista *Qué Pasa*. La opción de enfocarse en este caso responde a que este periódico no solo fue uno de los principales medios partidarios de la dictadura, sino también, como destaca Carlos Ruiz, uno de los centros articuladores de la “conciencia doctrinaria y organizacional” de un nuevo movimiento derechista destinado

a marcar profundamente el proyecto refundacional del régimen militar (Ruiz, 1992, p. 112). Sus páginas representaron uno de los principales lugares en que se forjó la síntesis entre los postulados del catolicismo gremialista y los planteamientos neo-liberales que proporcionó un coacervo doctrinario al régimen y a la nueva derecha política hija del autoritarismo.

Un primer aspecto a considerar (y la primera hipótesis del trabajo) es de hecho que, a lo largo de todo el periodo autoritario, la intervención foránea en los asuntos internos y el problema de la imagen del país en el exterior representaron para este periódico un constante foco de interés, proporcionando un argumento central para que en sus páginas se esbozaran – como condición para mejorar tal imagen – posiciones prudentemente críticas en materia de derechos humanos. A este aspecto hemos dedicado la primera parte de este artículo. En cambio, en los siguientes apartados nos ocuparemos de otro tópico recurrente, es decir la lectura crítica que la revista hacía de la realidad externa y, en particular de las tendencias políticas y socio-culturales de los países de capitalismo avanzado en el Occidente europeo. Esta lectura crítica hay que visualizarla justamente a la luz de la centralidad que la revista tuvo en la construcción del proyecto país desarrollado por el régimen. Nuestra segunda hipótesis es que a través de ella la revista operó un intento por instalar en la mentalidad colectiva un conjunto de representaciones y auto-representaciones que permitiera no solo justificar la difícil posición de Chile en el escenario mundial, sino también generar consenso en torno a los ejes que habían orientado la misión refundacional de la dictadura militar, el neoliberalismo económico y el conservadurismo valórico.

129

Antes de abordar el análisis de los puntos mencionados, cabe ahora trazar brevemente la trayectoria de *Qué Pasa*. De entrada, es importante mencionar como en Chile las revistas han sido históricamente un importante núcleo de organización para las distintas vertientes de pensamiento conservador ajenas a la derecha partidista y que se han mostrado críticas de los programas y prácticas de esta última<sup>4</sup>. Esta tendencia se vio aún más acentuada durante la dictadura, cuando el receso de los partidos políticos y las limitaciones a la libertad de prensa abrieron para publicaciones tales como *Qué Pasa*, *Realidad* y *Estudios Públicos*, una ventana de oportunidad única, en condiciones que su mismo apartidismo les proporcionaba una virtud preciosa a los ojos de los mandos militares, imbuidos de una actitud de recelo hacia la política y los partidos. Uno de los objetivos inmediatos del régimen había sido silenciar los medios de comunicación proclives al anterior gobierno, estableciendo control sobre toda publicación emitida (un monopolio que será parcialmente desafiada por la prensa de oposición en los ochentas). Dicha situación, no se

---

4 Ejemplos de tal tendencia han sido revistas de matriz corporativista como *Estudios* (1932), o nacionalista como *Estanquero* (1946). La misma consideración se puede aplicar, en años posteriores, a publicaciones de índole neo-liberal como *Polémica económico-social* (1968) y *Estudios Públicos* (1980), así como a las que intentaron articular una síntesis de estas distintas tendencias, como *Portada* (1969), *Qué Pasa* (1971) y *Realidad* (1979) (Ruiz, 1992, pp. 103-113). Sobre el nexo existentes entre medios de prensa y poder económico ver Monckeberg (2009).

explicaba únicamente bajo la lupa del control de la información, sino además como una estrategia para la consolidación del gobierno autoritario, la que contó con el apoyo de los medios de comunicación afines, que funcionaron como instrumentos que ayudaron a extender la legitimidad del régimen, desarrollando un papel fundamental para la difusión de su mensaje y de su ideología (Ruiz, 1983; Santa Cruz, 1988; Reyes, Ruiz y Sunkel, 1986; Sunkel, 1983; Munizaga, 1984)<sup>5</sup>. En este ámbito jugó un papel central la División Nacional de Comunicación Social (DINACOS) que funcionó como ente de coordinación entre la dictadura y los medios de derecha, imponiendo a estas últimas prácticas de autocensura y generando pautas para la coordinación de noticias.

*Qué Pasa* fue uno de los medios privilegiados por esta acción. Durante los primeros diez años de gobierno representó uno de los principales “bastiones ideológicos” del régimen, factor que se evidenció en el apoyo inmediato a las políticas llevadas a cabo por la Junta Militar, como también en la presencia de intelectuales y colaboradores de este medio en puestos claves de gobierno (González, 2017, p. 22). Pese a ello, sería impropio atribuirle a la revista el carácter de medio orgánico a la dictadura, así como asignarle rasgos definidos y estáticos a la elaboración llevada adelante en sus páginas.

El periódico había sido fundado en 1971 por Gonzalo Vial, su primer director, Cristián Zegers, Jaime Martínez (director entre 1976 y 1980), Emilio Sanfuentes, Joaquín Villarino, y Jaime Guzmán, entre otros. La decisión era el producto de la nueva situación creada por la victoria de la Unidad Popular, con el fin de tener un medio opositor volcado a la batalla política contingente (Ruiz, 1992, pp. 106-108; Ruiz, 1986, pp. 129-144; González, 2013, p. 16). Sus bases doctrinarias entroncaban con las de *Portada*—fundada en 1969 por el mismo grupo intelectual— que unían el corporativismo católico hispanista de Jaime Eyzaguirre con el pensamiento nacionalista y anti-comunista de Jorge Prat (Garay, 1993, pp. 70-74; Casals, 2016, pp. 166-167). Como destaca Carlos Huneeus, las ideas defendidas en las páginas de esa revista jugaron un papel central en la articulación de la estrategia de legitimación histórica del régimen: la visión de la crisis política como crisis moral de la Nación, la crítica a los partidos, en nombre de la unidad nacional, y la idea de representación basada en cuerpos intermedios; un fuerte nacionalismo e hispanismo; la oposición a la penetración de ideas foráneas de las cuales eran expresión los partidos de izquierda y la DC (Huneeus, 2016, pp. 227-235; Alessandri, 1985, pp. 115-136). Otro aspecto importante fue la apertura a la colaboración de exponentes del neo-liberalismo, vinculados a *Polémica económico-social*— como Pablo Baraona y Emilio Sanfuentes que confluyeron en *Portada* en 1970— con que se empezó la soldadura entre la perspectiva ético-política de la corriente católica e hispanista con el programa económico de estos últimos, en nombre de una lectura de la crisis del país como producto del poder de los partidos y la intervención estatal. *Qué Pasa* heredó estas ideas, desarrollándolas según nuevos patrones. Llevó a cumplimiento la adopción de una perspectiva neo-liberal en lo económico, en apoyo a las reformas implementadas por el gobierno militar, y con el definitivo abandono

5 Sobre el nexo existentes entre medios de prensa y poder económico ver Monckeberg (2009).

del corporativismo y del estatismo (Ruiz, 1983, pp. 106-116). También, se convirtió en un baluarte de la misión refundacional que recaía sobre las Fuerzas Armadas, de la necesidad de crear una nueva institucionalidad que remplazara la establecida por la Constitución de 1925, postura que derivó en un apoyo irrestricto al giro autoritario y, desde 1976, a la institucionalización del régimen según un proyecto de democracia autoritaria que este medio se encargó de difundir y dar cuerpo. Por otra parte, desde mediados de los 70, llevó adelante un análisis crítico respecto de la política exterior del régimen - que reflejaba la incorporación entre los colaboradores de figuras cercanas a Hernán Cubillos, canciller entre 1978 y 1980 - en base al cual se auspiciaba un mayor pragmatismo y el abandono del estilo ideológico que había caracterizado los primeros años del régimen. Así, la revista manifestó, entre otras cosas, mayor inquietud por la necesidad de articular una estrategia de defensa del régimen en el exterior (González, 2017, pp. 71-76).

También, como ya hemos mencionado, en el grupo de intelectuales y civiles tras este medio maduró una posición prudentemente crítica respecto de la violación de los derechos humanos por parte del régimen. Los excesos perpetrados por la DINA, en particular los atentados a Carlos Prats en Buenos Aires en 1974 y a Orlando Letelier en Washington en 1976, serán objeto de crítica en el medio, particularmente a raíz de sus repercusiones en la relación con Estados Unidos (González, 2017, p. 77). Así, en un primer momento, las críticas del medio a las acciones de secuestro atribuidas a este organismo tensaron las relaciones entre el semanario y la policía de Pinochet. Una expresión de esta tensión culminó en el intento de secuestro por agentes de la DINA del director de la revista Jaime Martínez Williams el 2 de Julio 1977, producto de la cobertura dada al secuestro del menor, Carlos Veloso Reidenbach (Cavallo, 2008, pp.188-189). Por otro lado, desde 1978, a raíz del caso Letelier, Estados Unidos había solicitado la extradición de Manuel Contreras -director del organismo- a Estados Unidos. Ante la negativa a entregarse, el coronel acusaba a los nuevos Ministros civiles -entre ellos tres miembros activos de la revista (Vial, Fernández y Cubillos- de “débiles” frente al mantenimiento de la soberanía nacional, que materializó a través de una acusación constitucional. (González, 2017, p. 79). Si bien, la acusación constitucional no proliferó, las tensiones entre el coronel y *Qué Pasa* quedó tensada, expresando la lucha de los “duros” y “blandos” del régimen, o bien, entre lo “cívico” y “militar” en la construcción de un nuevo orden.

Finalmente, a partir de 1982, *Qué Pasa* bajo la dirección de Roberto Pulido rediseñó su propuesta, girando hacia un medio de información, más que político-ideológico, esto sin renegar ni perder los rasgos principales de su inspiración doctrinaria. Pese a estos giros internos, a lo largo de los 17 años de régimen, el medio mantendrá una visión del exterior *Qué Pasará* de la defensa irrestricta de la dictadura, a una defensa moderada tanto por la mentalidad de los civiles tras sus líneas, como a la cada vez más difícil defensa frente a la hostilidad y presión foránea, culminando en alusiones, cada vez menos frecuentes, a la crisis moral de occidente. En ese contexto, el desarrollo de *Qué Pasa* durante estos años frente a la campana exterior, expresa la progresiva falta de apoyo con la cual se quedaba el régimen de Pinochet en distintos sectores sociales.

## I. QUÉ PASA Y EL PROBLEMA DE LA IMAGEN DEL PAÍS EN EL EXTERIOR

Durante los primeros años del régimen, la revista se mostró por completo aliada con la propaganda oficial, y su denuncia de la presencia, detrás la “campaña anti-chilena”, de la mano del comunismo soviético y cubano. Según esta lectura, este último, negándose hipócritamente a reconocer las violaciones de los derechos humanos en su casa, instrumentalizaba esta misma temática contra Chile, contando con la desinformación, la ingenuidad y el oportunismo de los países occidentales, donde podía aprovecharse del aporte que le venía de la cultura de izquierda (socialdemócrata, de “nueva izquierda” o *liberal*). Con ello, más que establecer una defensa en el exterior, el medio buscaba persuadir a la población chilena sobre lo justo y necesario de la intervención militar:

“No hay que perder de vista que la irrestricta defensa de la revista, más que pretender mejorar la imagen de Chile en el campo internacional, cuestión absurda por el alcance que podía tener a nivel mundial, era persuadir de manera interna tanto sobre un espectro más amplio de personas como sobre quienes controlaban los destinos del Estado, lo que podía ser viable si se consideraba que fue uno de los pocos medios que circuló y, que además, mantuvo la información alineada con los demás medios de comunicación de derecha, adictos al nuevo régimen” (González, 2017, p. 69).

132

Por ejemplo, ante la reacción adversa de la prensa mundial frente al golpe, un reportaje de octubre 1973 hablaba de una “ignorancia sincronizada”, que se valía “del frívolo liberalismo de izquierda que consideró fascinante el experimento de Allende”, pero que había sido “demasiado unánime y bien sincronizada como para no ver en esa actitud un excelente caballo de Troya aperado por el marxismo” (*Qué Pasa*, 4 octubre 1973, pp. 32-36). El supuesto de tal argumento era que muchos gobiernos del primer mundo eran incapaces de captar el peligro que se insinuaba tras el marxismo internacional. En mayo de 1974, comentando iniciativas contrarias a Chile por parte de México y Gran Bretaña, *Qué Pasa* denunciaba nuevamente “el ultracómodo izquierdismo de exportación”:

“Hablar mal de Chile “viste”. Es señal de “progresismo”. El coro marxista aplaude. ¿Cuándo aprenderán estos falsos “vivos”, y en verdad auténticos ingenuos, que con el marxismo no se juega; que solo felicita a los que sirven –consciente o inconscientemente– sus planes y designios, y que nada se gana con llevarle el amen en un aspecto, pues exige la sumisión en todo?” (*Qué Pasa*, 31 de mayo de 1974, p. 9).

De acuerdo a esta lectura, se pretendía que Chile pudiese de alguna forma darle lecciones al mundo sobre lo que había que hacer con el comunismo (una actitud que más adelante será objeto de las críticas de la misma revista): la distensión internacional era presentada como acto de “sumisión” y la Conferencia de Helsinki sobre la seguridad y cooperación en Europa, definida “Conferencia de inseguridad europea”, “una derrota diplomática para Occidente casi sin precedentes en su historia” (*Qué Pasa*, 31 de julio de 1975, p. 49).

También, al apelar a la defensa de la soberanía nacional contra las interferencias externas en los asuntos del país, se recurría a menudo al arma del anti-imperialismo, arrebatándole a la izquierda una de sus banderas favoritas (Rinke, 2013, p. 400). El trato discriminatorio reservado al país en los foros internacionales, era presentado como expresión de menosprecio de los grandes para un país periférico. Por ejemplo, en 1974, se lanzaba fuego en relación a la amenaza de suspensión de la ayuda económica por parte del nuevo gobierno laborista británico, citando al mismo Pinochet: “somos anti-imperialistas. No aceptamos el imperialismo económico ni el político” (*Qué Pasa*, 5 de abril de 1974, pp. 6-7). Otro artículo reiteraba el concepto:

“La actitud del Gobierno de Gran Bretaña con Chile es una nueva muestra de que aún subsiste en el mundo ese menosprecio de los países supuestamente poderosos hacia las naciones más pequeñas y presuntamente más débiles, que es la raíz y el ingrediente básico del imperialismo” (*Qué Pasa*, 5 de abril de 1974, p. 5).

En esta primera fase, *Qué Pasa* adoptó también una posición de apoyo incondicional a las acciones emprendidas por el gobierno militar frente al desafío, tratando de mostrar los éxitos de su iniciativa diplomática. Alabó las gestiones realizadas por parte del canciller Huerta en ocasión de la asamblea general ONU de octubre 1973 (*Qué Pasa*, 18 de octubre de 1973, pp. 9-10) y de la reunión de la OEA en Tlatelolco en 1974, donde este “sacó partido de la coyuntura para dar a conocer el respaldo que cuenta la Junta de gobierno y denunciar la desinformación sobre la realidad chilena” (*Qué Pasa*, 22 de febrero de 1974, p. 49). Resaltó el “éxito diplomático” de la visita de Merino a España, en que se habían abordado convenios de cooperación económica y cultural, considerándolo “en general, un paso positivo en la ruptura del cerco internacional” (*Qué Pasa*, 30 de enero de 1975, pp. 10-11). Los resultados de esta contraofensiva se presentaban por lo general con comentarios cándidamente optimistas, pensados más que nada para el público lector (“Exterior: los sordos ya están escuchando”) (*Qué Pasa*, 8 de marzo de 1974, pp. 9-10).

133

Fue a partir de mediados de los setenta, que la revista empezó a madurar un enfoque cada vez más crítico respecto del asunto<sup>6</sup>. Con mucha cautela y reticencia, comenzó a abordar la cuestión de los derechos humanos, a raíz del daño que le causaba a la imagen del régimen en el exterior. Por ejemplo, en noviembre de 1974, un artículo sobre la “conjura contra Chile”, puntualizaba que en países de Europa occidental y América latina existían sectores que “con relativa sinceridad” se hallaban “preocupados del panorama de los derechos humanos en Chile” y consideraba que Chile tenía que satisfacer “aquella parte de su preocupación” que se consideraba legítima, informando y “normalizando” la situación, es decir poniendo fin a los abusos que en un primer momento habían sido “inevitables” (*Qué Pasa*, 21 de noviembre de 1974, pp. 10-12). Si, se reclamaba el derecho de Chile a poner mano al asunto sin interferencias externas:

---

6 Ver Chile ¿necesita “imagen”? (*Qué Pasa*, 23 enero 1975, pp. 10-13).

“Chile debe hacer saber al mundo entero su inalterable decisión, tanto de cerrar sus puertas a toda ingerencia foránea como de hacer imperar internamente los principios de derechos humanos que forman parte de nuestra herencia histórica, cultural y espiritual” (*Qué Pasa*, 10 de julio de 1975, p. 9).

Es decir, se apelaba a una “solución chilena para una experiencia chilena” que consistía en rechazar lo que era visualizado como un “enjuiciamiento” internacional, en que no estaban claros cargos, jueces, acusadores y testigos, ni había un “procedimiento fijo” o “garantía de imparcialidad”. El concepto era que el problema de los derechos humanos debía ser resultado en Chile, por los chilenos mismos (*Qué Pasa*, 6 de noviembre de 1975, p. 3). Este giro acompañaba el perfilarse de un planteamiento crítico sobre la política exterior del régimen. En febrero 1976, Francisco Orrego, quien será parte del comité asesor de Hernán Cubillos, reconocía que la política internacional había sido “uno de los puntos más débiles del desempeño del gobierno de la Junta militar”. El país estaba “próximo a ser aislado, lo que no sólo repercutiría adversamente en las perspectivas económicas, sino también en la propia estabilidad institucional”. Todo esto aconsejaba un llamado al pragmatismo y al profesionalismo: se hacía patente la necesidad de “seleccionar los representantes de Chile en el exterior” en base a su competencia y “proyectar internacionalmente los aspectos positivos de la vida chilena”. Según Orrego no había que engañarse sobre las causas de esta situación que iban más allá de la “campaña marxista internacional” y de ciertos errores de la cancillería:

“puede identificarse una actitud que lleva a pensar en que Chile es un país que puede hacer lo que desea su territorio y que, en su forma extrema, lleva a creer que el aislacionismo es una buena receta política. Ningún país, ni siquiera el más poderoso, puede hacer hoy lo que quiera, con prescindencia de la opinión pública internacional o descuidando las reacciones que ese determinado obrar puede generar en el exterior” (*Qué Pasa*, 5 de febrero de 1976, pp. 2-3).

Una acotación que aludía implícitamente al problema de los derechos humanos. En ocasión de la crisis que condujo al retiro de Chile del Pacto Andino, la revista volvía a plantear el problema del “hándicap” que necesariamente afectaba a “un estado internacionalmente débil”, poniendo atención en las fallas existentes al momento de elaborar una respuesta a la “campaña de desprestigio” en el exterior: la falta de una política ad hoc y de organismos encargados “de diseñar tal política, de implementarla, de revisarla constantemente”, dotados de los recursos adecuados. También, se ponía el interrogante de si las “declaraciones” y “actuaciones internas” se medían “a la luz de su impacto exterior” (*Qué Pasa*, 7 de octubre de 1976, p. 5).

---

7 Paralelamente, se consolidaba una posición cada vez más escéptica respecto de los reiterados llamados del gobierno a la cruzada anti-comunista, considerándolos excesivos en relación a los recursos y al peso del país, además de contraproducentes en condiciones en que muchos países socialistas, como China y Rumania, mostraban interés en desarrollar el comercio y las relaciones con Chile (*Qué Pasa*, 9 de junio de 1977, pp. 4-7).

La llegada a la cancillería en abril de 1978 de Hernán Cubillos, quien había sido presidente del directorio de la revista, marcó en este sentido la afirmación de los planteamientos que esta iba publicitando (*Qué Pasa*, 4 de mayo de 1978, pp. 24-27). A los cuatro meses de asumir el nuevo canciller, *Qué Pasa* introducía una amplia entrevista al interesado con un balance positivo, en que se destacaba “un cambio radical en la imagen de la política exterior chilena”, que ahora aparecía “mejor coordinada con la política interna” y una “diplomacia diferente: pragmática, ofensiva, en el buen sentido de la palabra”. El Canciller por su parte, se refería al intento de “algunos destacados opositores al régimen” de hacer hincapié en el aislamiento internacional del país, para precisar la falsedad de tales alegaciones:

“El país ha tenido problemas que han sido explotados fuera de proporción, como el de los derechos humanos, el de los desaparecidos o el mismo caso Letelier, que han ocultado –como una cortina de humo- la realidad del país. Si se dejan de lado esos temas (...) comprobamos que en todas partes nosotros somos recibidos y escuchados, y los países comienzan a mirar con extraordinario interés lo que hemos realizado en economía y en el campo social, o lo que vamos a hacer en el campo político” (*Qué Pasa*, 17 de agosto de 1978, pp. 10-11).

A inicios de los ochenta se celebraban avances en el plano diplomático, acompañados por una relativa mejora en la credibilidad internacional del país, a raíz de los resultados de las recetas económicas de los Chicago Boys. Así por ejemplo, la revista daba espacio a la asistencia de varios representantes extranjeros en el VI curso internacional de verano de la Academia Diplomática Andrés Bello en Viña del Mar en enero de 1980, uno de cuyos objetivos era, para su director, Carlos Derpsch “el mejoramiento de la imagen de Chile” para los participantes (*Qué Pasa*, 17 de enero de 1980, pp. 6-9). Después de la llegada al poder de Margaret Thatcher, sus páginas hicieron gran gala de la reanudación de las relaciones diplomáticas a nivel de embajadores con Gran Bretaña (que habían quedado a nivel de encargados de negocios tras el caso de la detención y tortura de la ciudadana británica Sheila Cassidy en 1975), publicando con gran pompa entrevistas a los nuevos jefes de misión chileno y británico (*Qué Pasa*, 24 de enero de 1980, pp. 12-13; 7 de febrero de 1980, pp. 24-27; 13 de marzo de 1980, pp. 14-15). En abril del mismo año, luego de la salida de Cubillos del Ministerio, Lillian Calm hacía un balance positivo del giro en la gestión de las relaciones exteriores, destacando que el país nunca había tenido relaciones con tantos países, y apelando a la “profesionalización del servicio exterior”. Con ello, la periodista destacaba el pragmatismo que caracterizaba a esta nueva línea y el fin de la interferencia de la DINA que tantos costos había causado a Chile:

“El país dejó de estar lanzado – más que en una tarea diplomática – en una mera cruzada anticomunista contra el mundo. Se comprendió que una nación no tiene que dictarle lecciones a otros miembros de la comunidad internacional, se dejó la actitud predicadora y se aplicaron los principios tradicionales de la política externa de Chile (no intervención, autodeterminación de los pueblo, etc...)” (*Qué Pasa*, 10 de abril de 1980 pp. 14-16).

Progresivamente se abandonaban los recursos del nacionalismo y anti-comunismo, quedando de pie una crítica más puntual al trato discriminatorio y a la excepcionalidad con que era abordado el caso chileno en los foros internacionales<sup>8</sup>. En enero de 1980 (tras una condena de la ONU) aparecía una entrevista a Mario Calderón, asesor jurídico de la cancillería que, denunciando la “mala fe” e “impudicia” del relator especial de la ONU, el senegalés Abdoulaye Dieye, criticaba el carácter “discriminatorio” y “abusivo” del procedimiento *ad hoc* aplicado a Chile: “el único país al que se le aplica un procedimiento especial, en circunstancias que lo que ocurre en muchas partes del mundo es una abierta violación de los derechos humanos” (*Qué Pasa* 3 de enero de 1980, pp. 14-15).

Durante la década de los ochentas, por otra parte, la tenue y paulatina apertura política, producto tanto de las tentativas de generar acuerdos con la oposición “moderada”, como del establecimiento del proyecto de transición, serán el principal foco de atención de la revista, en desmedro de la cuestión de la imagen externa del régimen. Sin embargo, el medio tuvo que volver en varias ocasiones sobre la problemática, particularmente en momentos críticos. Por ejemplo, en 1983, en ocasión de la crisis económica y la apertura del ciclo de protestas nacionales que afectaron gravemente la imagen del país, anulando los resultados cosechados a raíz del éxito del “milagro económico”. La revista notaba como los mismos avances institucionales (la llamada “primavera de Jarpa”) quedaban opacados producto del aumento de la represión, resaltando nuevamente la necesidad de que política interna debía acompañar la exterior: “Las protestas, las cacerolas, las hogueras que en una noche de toque de queda ardieron en sectores periféricos, opacaron ante el exterior la designación de un Gabinete aperturista” (*Qué Pasa*, 1 de septiembre de 1983, pp. 21-23). Otra coyuntura difícil se dio en 1986, a raíz de las protestas nacionales del 2 y 3 de julio, y la muerte de Rodrigo Rojas Denegri. En esa ocasión aparecía un largo artículo de Mariana Grunefeld, dedicado a la situación de aislamiento, “El muro de la Embajada chilena en París ya no se puede raspar más. Si vuelven a limpiarlo de las rayas y carteles que le cuelgan, simplemente caerá”. El país se encontraba “de rodillas”, en “uno de los peores, si no el peor momento” en sus relaciones internacionales. La autora señalaba los errores del pasado, como los atentados contra Letelier, Prats y Leighton, así como la “fuerte actitud de auto-aislamiento” de los comienzos. Otra vez, insistía en el “cordón umbilical entre lo interno y lo externo”, a raíz de la incapacidad de garantizar la viabilidad del proceso de transición contemplado por la Constitución de 1980, y de abordar un diálogo político constructivo con la oposición (*Qué Pasa*, 31 de julio de 1986, pp. 15-18). Para debatir estas problemáticas, de hecho, el medio organizó, a fines de ese año, un seminario dedicado a la presión in-

8 Por otra parte, la revista ofrece un interesante punto de observación respecto de los planteamientos adoptados por otros sectores del régimen. Particularmente representativa del discurso dominante es una entrevista de 1980 al jefe de la CNI general Odlanier Mena, quien alababa “la personalidad del país”, “su sentido de la independencia tan arraigado”, la capacidad “para reaccionar de manera positiva ante las presiones externas y la agresión de una campaña intensiva”, mientras unos “jovencitos bien” protegido desde afuera e intoxicados de ideas foráneas llevaban unos pocos cesantes al terrorismo (*Qué Pasa*, 24 de enero de 1980, pp. 6-7).

ternacional, “Chile versus el mundo”, con la participación del canciller Del Valle, el ex canciller Miguel Schweitzer, el ex embajador ante la ONU Sergio Diez, pero también del académico y dirigente socialista Heraldó Muñoz (*Qué Pasa*, 11 de diciembre de 1986, pp. 33-36). A esa altura, con el giro operado por la administración Reagan, que vio al gigante norteamericano ponerse a la cabeza de las presiones internacionales para el retorno a la democracia en Chile, *Qué Pasa* dedicó durante la segunda mitad de la década varios reportajes a la política de EE.UU. hacia el país (*Qué Pasa*, 4 de abril de 1985, pp. 12-14; 15 de agosto de 1985, pp. 29-31; 30 de julio de 1987, pp. 36-41). En este contexto, era aún menos creíble apelar a la campana del comunismo internacional: “lo que ahora acentúa la mala situación chilena es el valor que este país está teniendo a los ojos de EEUU” (*Qué Pasa*, 31 de julio de 1986, pp. 15-18).

## II. AMIGOS Y ENEMIGOS

La reflexión que la revista iba llevando adelante respecto del aislamiento internacional, fue acompañada, por una constante atención hacia aquellos actores políticos externos que tomaban partido respecto de la situación chilena. En primer lugar, el foco estaba puesto en los “enemigos” del régimen. La acción de solidaridad con la oposición desempeñada por los partidos de la izquierda europea, en particular, era objeto de reportajes caracterizados por el uso de tintes complotistas. Un buen ejemplo de ello viene de un artículo de 1980, dedicado a las actividades de las fundaciones alemanas (*stiftung*), entidades asociadas a los principales partidos germanos, encargadas de desarrollar iniciativas de apoyo político y financiero a fuerzas democráticas afines a lo largo del globo: entre ellas las de la oposición chilena que, en sus vertientes democratacristiana y socialista “renovada”, beneficiaron ampliamente de la ayuda de la Konrad-Adenauer-Stiftung (KAS), vinculada a la Unión Demócrata Cristiana, y la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES), vinculada a la socialdemocracia (Pinto-Duschinsky, 1991, pp. 33-63). El artículo hacía referencia a un reportaje del periódico *Der Spiegel* en que se ilustraba el modus operandi seguido por estas entidades, bajo el amparo del gobierno de Bonn. Los emisarios de la FES eran así presentados como “como verdaderos agentes secretos en el exterior”:

“Cuando los periodistas del Spiegel quisieron obtener mayores antecedentes, recibieron como respuesta: “Se nos ha advertido que es mejor no dar información”. Sin embargo, pudieron averiguar que la Stiftung ha amparado a cientos de chilenos refugiados en Sudamérica y Europa, quienes se suponen están siendo adiestrados. Los alemanes hicieron importantes aportes de dinero para la campana presidencial de un ex Presidente de Chile- según el mencionado periódico- y además, de acuerdo a ciertas investigaciones que se están llevando a cabo, se ha podido determinar que el PSD ha enviado dinero a uno que otro profesional y algunas instituciones a fin de que realicen estudios para poder tener un panorama claro de la situación chilena” (*Qué Pasa*, 6 de marzo de 1980, pp. 6-7).

Con tonos aún más alarmantes, tres años después, la revista se refería a la situación existente en Suecia, uno de los principales países de acogida de los exiliados chilenos, que allí gozaron de la protección y activo compromiso con su causa del primer ministro socialdemócrata Olof Palme (Camacho, 2011). El artículo denunciaba “la existencia de un ejército destinado al sabotaje, formado en Suecia por latinoamericanos, tolerado oficialmente y equipado por la URSS”. Ponía especial énfasis en la tolerancia mostrada hasta la fecha por el gobierno sueco, que hasta había proporcionado ayuda económica, y solo recién había comenzado “a vislumbrar los peligros” que este “ejército paralelo” podía traer” (*Qué Pasa*, 19 de mayo de 1983, p. 49).

En otras oportunidades, sin referirse necesariamente a la campaña “anti-chilena”, la revista se dedicaba a atacar los actores políticos extranjeros más comprometidos con esa causa. Como el vicepresidente de gobierno español Alfonso Guerra, uno de los acusadores más vehementes de la dictadura de Pinochet, definido un “demagogo y político por instinto” (*Qué Pasa*, 17 de febrero de 1983, p. 37). Como la izquierda liberal de EE.UU., objeto de una serie de artículos en 1975, en que se presentaban los efectos que su influencia estaba generando en la moral de la nación norteamericana y del mundo occidental: “La prensa liberal de izquierda ha logrado sintonizar en su propia onda las mentes de millones de seres humanos por el mundo entero. La campaña internacional contra Chile es un buen botón de muestra” (*Qué Pasa*, 23 de enero de 1975, pp. 44-45). Mucha atención le prestó *Qué Pasa* al eurocomunismo, es decir la renovación político-ideológica entonces experimentada por los partidos comunistas italiano, francés y español, que estaban tomando distancia del modelo soviético en favor del pluralismo y el estado de derecho: un proceso que representó una referencia importante para la evolución de muchos sectores de la izquierda chilena. El fenómeno fue objeto de varios reportajes que hacían hincapié en su carácter meramente táctico y oportunista. Para *Qué Pasa*, seguían “siendo válidos la infinita flexibilidad de la dialéctica revolucionaria y los camaleónicos consejos de Lenin” (*Qué Pasa*, 27 de noviembre de 1975, p. 46). Otro artículo dedicado al caso del partido francés recalca que “algunos cambios semánticos” dejaban “intacta la fe en el marxismo-leninismo”:

“Quienes ya vivimos en Chile el guion montado por la UP sabemos lo que significa las vías democráticas hacia el socialismo. Y lo franceses, que son tan inteligentes, tampoco se las han tragado (...) No ven en ellas sino una burda táctica para atraerse a los reformistas moderados e incautos del electorado” (*Qué Pasa*, 19 de febrero de 1976, p. 46).

Especial preocupación generaba la participación a título pleno de los comunistas españoles, liderados por Santiago Carrillo, en el proceso de transición democrática que se estaba desarrollando en la vieja madrepatria en la segunda mitad de los setenta. En particular, se expresaban reservas respecto de la aceptación de los comunistas en el juego democrático, apelando a la necesidad de que una democracia sepa “defenderse preventivamente y no solo castigar los atentados en su contra una vez producidos” (*Qué Pasa*, 14 de abril de 1977, p. 5).

Como contrapunto a estos análisis sobre la naturaleza perversa de sus detractores externos, la revista les daba visibilidad a las voces de los que consideraba ser “amigos” del régimen en el exterior. Mucha atención se prestó en un comienzo al caso de la España franquista, referente fundamental del grupo intelectual que animaba la revista, pese a la ambigüedad que marcó la relación entre los dos regímenes (Fernandois, 2005, pp. 431-432; Garay, 2016, pp. 188-192). Gracias a la obra del “caudillo”, según Sergio Fernández Larraín, “el alma de España floreció robusta en la primavera de su fe” y “sus caminos alcanzaron claridades de divina presencia” (*Qué Pasa*, 30 de octubre de 1975, p. 15). Una recurrente estrategia discursiva, específicamente mirada al mencionado problema del aislamiento internacional, hacía hincapié en la analogía existente entre los desafíos enfrentados por el régimen franquista y el chileno:

“La ofensiva propagandística contra España presenta las mismas características – y delata así su común origen soviético – con la que ya durante más de dos años ha sufrido nuestro país. En una y otra se ha explotado la sensibilidad cristiana del mundo occidental; en una y otra han sido aprovechados los payasos internacionales de los derechos humanos – un Palme, un Echeverría y otros –, quienes han producido las declaraciones de rigor en la oportunidad debida (...)” (*Qué Pasa*, 16 de octubre de 1975, p. 5).

En la medida en que España embocaba el camino hacia la transición a la democracia, y la revista consolidaba su postura neo-liberal, se hacían presentes en sus páginas los casos de otros actores extranjeros que parecían mostrar sintonía o comprensión hacia la Junta y el proyecto país que esta llevaba adelante. Estos eran presentados como voces fuera del coro, solos en su batalla para la verdad contra lo que era el discurso dominante afuera respecto de Chile. Era el caso de los exponentes del neo-liberalismo internacional, interesados en el avance del proyecto económico chileno:

“El hecho, aparentemente tan simple, de que dos economistas profesionales – Milton Friedman y Arnold Harberger – se hayan interesado por la situación económica chilena, dando su opinión (a veces muy crítica) al respecto, ha desencadenado una violenta polémica en las Universidades y prensa especializada norteamericanas” (*Qué Pasa*, 29 de enero de 1974, pp. 16-17).

Se publicitó también las opiniones de autores, como el escritor y periodista inglés Robert Moss, autor de “El experimento marxista en Chile” y colaborador ocasional de la misma revista, cuyo mérito según esta habría sido el de haber logrado determinar “con precisión las coordenadas que sirven para comprender la situación interna y externa – nada fáciles, una y otra – en que se encuentra nuestro país” (*Qué Pasa*, 31 de diciembre de 1975, pp. 42-43). También se le dio amplia cobertura a la polémica visita a Chile del líder de los cristianos sociales bávaros Franz Josef Strauss, en noviembre 1977, y a sus declaraciones al momento de recibir la distinción de profesor honorario en la Universidad de Chile: “Daré a conocer fuera de Chile no la verdad a medias, porque es del diablo, sino que la totalidad de la verdad porque ésa es de Dios” (*Qué Pasa*, 24 de noviembre de 1977, pp. 6-7).

PRESENTACIONES DEL MUNDO: LA CRISIS DE LOS SOCIALISMOS Y LA DECADENCIA MORAL DE OCCIDENTE

Mientras la revista se pronunció en favor de una gestión pragmática de la política exterior, su estrategia comunicacional hacia el público lector se caracterizó - como ya se puede desprender de estos artículos sobre los “enemigos” y “amigos” de la dictadura - por un alto contenido ideológico y una evidente carga polémica. En este ámbito, se mantuvo cierta sintonía con la tendencia nacionalista dominante en la política cultural oficial, y con el legado de *Portada*, respecto de la necesidad de defender una pretendida idiosincrasia nacional y la unidad del pueblo chileno, frente a la penetración de ideas foráneas (el marxismo y las tendencias *degeneradas* existentes en Occidente) en el cuerpo de la nación (Sepúlveda, Montealegre y Chavarría, 2017, pp. 24-33; Rinke, 2013, pp. 397-408). Sin embargo, es interesante ver como esta lectura se articuló de forma novedosa con elementos referentes el proyecto país que *Qué Pasa* había contribuido a formar. La revista trató de consolidar en el público un conjunto de representaciones respecto del mundo externo, y en particular de los países capitalistas del primer mundo, que, de manera implícita, perseguían dos fines: justificar las razones de la mala imagen que el régimen inspiraba en ese contexto, reconduciéndola a la decadencia moral y política de esos países, y fomentar el consenso en torno al proyecto país llevado adelante por la dictadura, operando una contraposición con la realidad política y social de estos últimos. En particular, se prestó gran atención a algunas tendencias existentes -en lo político, cultural y socio-económico- en las democracias de Europa occidental y Estados Unidos. Pese a que se afirmaba no tener pretensiones de dar lección a otros, estaba implícita la idea de que Chile pudiese ofrecer un modelo para “occidente” y su inexorable ocaso.

140

La tónica de este discurso se basó en la denuncia de los problemas que interesaban a la vida política y social del mundo occidental. Lo interesante es que sus argumentos convergían con los diagnósticos críticos avanzados por corrientes ideológicas entonces en auge en la derecha mundial, como el neoliberalismo, en lo que concierne la crítica de los costos económicos del Estado del bienestar, y el neoconservadurismo, en lo que se refiere a la denuncia del trastorno moral generado por la revolución cultural de los sesenta. También, con la condena de los cambios que se estaban entonces dando en materia de sexualidad y familia, le hacían un guiño a la nueva agenda de la Iglesia católica bajo el pontificado de Juan Pablo II. En ese sentido eran argumentos que, si bien indirectamente, mostraban una derecha atenta a lo que pasaba en el mundo y capaz, en perspectiva, de crear puentes con tendencias afines en el hemisferio norte.

Respecto de la crisis del Estado del bienestar mucha atención se prestó a la crisis política y económica británica durante los setenta, es decir a la escalada de protestas y huelgas sindicales que representó la antesala del triunfo de Margaret Thatcher en 1979 (*Qué Pasa*, 8 de marzo de 1974, pp. 49-50). En marzo 1974, en ocasión de la caída del gobierno conservador de Edward Heath en elecciones anticipadas, que el mismo primer ministro había convocado para fortalecer su autoridad frente a la

presión sindical, *Qué Pasa* notaba como la situación británica fuese “un reflejo de todo lo que ocurría en la sociedad europea occidental”. Para ilustrar tal afirmación hacía referencia a un artículo del *Sunday Telegraph* en que se identificaban las raíces del problema en la existencia de pautas y conductas consolidados en toda la sociedad (“una presión que ya forma parte integrante de nuestra mentalidad en favor de la inflación, un olvido despiadado de las víctimas de la inflación, una hostilidad ante la disciplina del sistema capitalista, una ignorancia de las realidades económicas”) (*Qué Pasa*, 1 de marzo de 1974, pp. 45-47).

Por otra parte, durante los ochentas, la revista pudo hacer hincapié en la exactitud de sus pronósticos, publicando reportajes sobre la transformación ideológica que estaba caracterizando a muchos partidos socialistas europeos, en una época marcada, en todo el viejo continente, por la retirada del Estado del bienestar y la introducción de reformas liberalizadoras incluso por parte de gobiernos de izquierda como el de Mitterrand y el de Felipe González. Caso emblemático, el de González, quien, en una reunión de líderes socialistas mundiales en París en 1983, “puso en discusión las propuestas neoliberales de los partidos más conservadores, para solucionar la crisis económica y sorprendió a más de algún observador con la reflexión de que las economías burocratizadas van peor que las liberales” (*Qué Pasa*, 27 de enero de 1983, p. 49). En enero de 1985, apareció un artículo de Mariana Grunefeld, dedicado a “los herejes de Marx”, que arrancaba señalando que “algo extraño” sucedía con la izquierda, “esa izquierda que otrora fuera tan...vehemente, creativa y atractiva”, que ahora tenía más bien “un dejo de amargura”:

“pocos se atreven a declararse comunistas (...) por una especie de carga que se quieren sacudir de encima. No en vano en 1981 en el congreso extraordinario del gobernante PSOE (Partido Socialista Obrero Español), Felipe González borró con satisfacción la palabra marxista del vocablo socialista” (*Qué Pasa*, 10 de enero de 1985, pp. 34-37).

La revista también refrendaba esos planteamientos con opiniones de “amigos” externos. Por ejemplo, publicaba ese año un discurso pronunciado en Buenos Aires por Manuel Fraga Iribarne, ex ministro franquista y líder de la derechista Alianza Popular Española, en que este notaba “Hay un hecho indiscutible: hoy pocos partidos socialistas –ninguno en Europa Occidental- intentan gobernar en socialista cuando llegan al poder. En los últimos años han estado llenos de rectificaciones” (*Qué Pasa*, 30 de mayo de 1985, pp. 36-38). En algunos casos, la crítica al Estado benefactor servía incluso de instrumento para responder a las críticas internacionales respecto de las violaciones de derechos humanos en Chile. Una pauta bien expresada por un artículo de 1980 firmado por Senior, en que se comparaban polémicamente “Dictadura chilena” y “democracias europeas” visibilizando los que se consideraban límites de estas últimas, y así demostrar la hipocresía que inspiraba las denuncias contra a Chile: la “libertad de afiliarse o no a un sindicato” establecida por el plan Laboral, era contratada con la obligatoriedad de afiliación en el sistema de ferrocarriles británicos; mientras el carácter privado de la radioemisoras chilenas, que –se enfatizaba– permitía libertad de expresión a la oposición, era comparado positivamente con el “monopolio estatal” existente en Francia (*Qué Pasa*, 24 de julio de 1980, p. 14).

Más allá de estos ataques al modelo keynesiano, también aparecieron muchos artículos que ponían atención en la disfuncionalidad de las democracias occidentales y los problemas de las respectivas sociedades. En relación a los mismos Estados Unidos, se ponía atención a los altos nivel de criminalidad, indicando como había “quedado al descubierto una vez más el clima de violencia subyacente que acecha(-ba) la vida externamente civilizada del país” y se aludía a la situación de los sectores más desamparados, particularmente los jóvenes, como causa desencadenante de la ola de inseguridad (*Qué Pasa*, 7 de octubre de 1979, pp. 50-51). Un blanco privilegiado lo constituía Italia, país que desde el golpe de 1973 no tenía Embajador en Santiago y que desde 1973 se había constituido en uno de los principales centros de actividad política del exilio chileno. Un blanco por lo demás bastante fácil, por la inestabilidad de los gobiernos, la corrupción, la criminalidad organizada y, en los setentas, las tensiones políticas generadas por el fenómeno del extremismo terrorista de derecha y de izquierda (*Qué Pasa*, 6 abril de 1978, pp. 34-39; 2 octubre de 1980, p. 50; 27 de julio de 1983, p. 40). Esta decadencia se visibilizaba diariamente: “La muerte violenta es pan de cada día. Bandas de jóvenes fascistas y de extrema izquierda invaden las antiguas vías. Cada vez que se encuentran un nuevo cuerpo se suma a la pila”. Dicha realidad, considerada por *Qué Pasa* una consecuencia del gobierno de la Democracia Cristiana y de la hegemonía del Partido Comunista Italiano, estaba llevando al país a la “agonía” y “al borde de un barranco” ante las “carencias de opciones democráticas” (*Qué Pasa*, 9 de febrero de 1978, p. 48). También, se mencionaban las acusaciones de soborno y malversación de fondos públicos que pesaban sobre localidades de la península gobernadas por socialistas y comunistas, y que tenían “a muy mal traer a los modelos de moralidad de la izquierda histórica” (*Qué Pasa*, 24 de marzo de 1983, p. 47).

142

Por último, se publicaron artículos que analizaban las polémicas y los debates que se estaban produciendo a raíz de las nuevas leyes y tendencias existentes en estos países en los que se suele definir “temas valóricos”: divorcio, aborto, reproducción y salud sexual (Rinke, 2013, pp. 349-351). Un interés que reflejaba el intento de armonizar neo-liberalismo y principios de la moral cristiana cumplido por la misma revista e importantes sectores de la derecha chilena. En reiteradas ocasiones, las transformaciones en las costumbres y conductas en este ámbito eran presentadas como entrelazadas con la difusión de ideas izquierdistas. Por ejemplo, en 1974, Lillian Calm, al analizar la situación de la Alemania Federal, notaba como:

“la sociedad de consumo y la abundancia ya han marcado al pueblo alemán: la pornografía ha encontrado amparo legal y libros y revistas pueden importarse desde Suecia: el parlamento aprobó el aborto gratuito durante los tres primeros meses de gestación. Y el marxismo ha entrado en las universidades: los estudiantes protestan por realidades que ignoran” (*Qué Pasa*, 14 de junio de 1974, pp. 45-46).

Por otra parte, el ya mencionado artículo de 1979 sobre la “sociedad violenta” de EEUU, agregaba comentarios sobre el nexo que unía el “aumento de divorcios” y de “parejas que conviven sin contraer vínculo alguno” con la tasa de delincuencia: “No hay que un genio de la conducta humana ni de la estadística para ver alguna relación entre estos hechos y la violencia contra sí mismo y los demás” (*Qué Pasa*, 7 de octu-

bre de 1979, pp. 50-51)<sup>9</sup>. Un tema particularmente espinoso fue el aborto, asunto que en entre la década de los setenta y de los ochenta fue objeto de legislación y debate en países como EE.UU., Alemania, Francia, Italia y España, y que, con el retorno a la democracia en Chile, será el objeto de una constante campana contraria por parte de los partidos de la derecha, por lo menos hasta su parcial despenalización en 2017. Particularmente indicativa de los argumentos pro-vida de esta nueva derecha chilena un artículo de 1983, que abordaba el debate sobre la introducción de la ley de aborto por parte del gobierno socialista español, sucesivamente aprobada en 1985. Su título anunciaba: “España: ¿Derecho a vivir o ser abortado?”. Los subtítulos aludían al “cambio del delantal medico por el mandil del carnicero”:

“La inminencia política de la aprobación de una ley que legalice el aborto en un país considerado tradicionalmente católico, ha remecido a los españoles que ven –en un simple texto jurídico- el asesinato de tantos niños no nacidos”.

Significativamente, el artículo daba gran espacio a la campana de la Iglesia católica y del mismo Pontífice para evitar el desenlace, marcando la existencia de un punto de convergencia con la nueva prioridad asignada por el Vaticano a los temas valóricos: se iniciaba así la reconciliación con lo que era, no solo un referente doctrinario central para la derecha chilena, sino también un influyente actor internacional, después de años de conflictos a raíz del compromiso de la Iglesia con los derechos humanos (*Qué Pasa*, 17 de marzo de 1983, pp. 38-39).

143

## CONCLUSIONES

Si pensamos en el legado que los diecisiete años de autoritarismo dejaron en la relación del país con el mundo externo, fácilmente tenemos la sensación de encontrarnos frente a dos imágenes opuestas. Para aquellos opositores del régimen que experimentaron el desarraigo y el exilio, esos años habrían significado una dramática pérdida, la de su país y sus seres queridos, pero también una oportunidad para abrirse hacia el mundo, que los conectó a las grandes corrientes de la vida política, social y cultural de los países de acogida. Para el Chile pinochetista –expresión escurridiza con que nos referimos a los que apoyaron la dictadura, o que de alguna forma fueron moldeados por su discurso dominante– habrían marcado en cambio un repliegue obligatorio hacia una dimensión local y provinciana, así como una actitud de rechazo frente a peligrosas “influencias foráneas”: tendencias que se proyectaran con fuerza hacia el futuro, marcando profundamente la mentalidad colectiva hasta años recientes y que acentuaban la tradicional condición “insular” del país, determinada por su realidad geográfica.

9 Ese mismo año, el medio aludía sarcásticamente a la dificultad de los partidos de izquierda frente a las campañas del Partido Radical Italiano por la legalización del consumo de marihuana (“uno de los temas que lo apasiona es la proliferación, no de las armas nucleares, sino de las drogas”), indicando como “han llegado al extremo de ofrecer –con buenos modales, eso sí- un “pito” de marihuana al mismísimo alcalde (comunista) de Roma” (*Qué Pasa*, 18 de octubre de 1979, p. 40).

Son imágenes que contienen una buena parte de verdad y que, sin embargo, deben ser matizadas. En el caso de *Qué Pasa*, revista que representó el órgano de expresión del que fue el sector más importante e influyente de los civiles colaboradores del régimen, podemos vislumbrar un proceso mucho más complejo, en que el nacionalismo, la defensa de la idiosincrasia chilena, la oposición a la penetración de ideas foráneas en el cuerpo de la Nación –elementos que entroncaban en la tradición nacionalista heredada de la experiencia de *Portada*– dejaron progresivamente el paso a un fuerte interés para las tendencias y procesos que se iban desarrollando en el mundo externo.

El punto relevante es cómo este interés se combinó con elementos propios del coacervo doctrinario que había marcado los primeros pasos del medio. En particular, involucró un conjunto de replanteamientos y ajustes respecto de las categorías de “Occidente” y “civilización occidental”, tan relevantes para el discurso de auto-legitimación de la Junta y la cultura de la derecha, que habían heredado en este sentido de la tradición del hispanismo el concepto de un Occidente esencialmente cristiano, amenazado por la modernidad. Se pueden al respecto visualizar dos facetas.

Por una parte, la aspiración a reivindicar la pertenencia de Chile a la civilización occidental, se tradujo a menudo en la aceptación de códigos y valores que la caracterizaban en el mundo contemporáneo real. La revista manifestó preocupación por la imagen externa del país en relación a aquellos aspectos de la política gubernamental que desafiaban tales códigos y valores, en particular los atropellos a los derechos humanos. Tomó distancia del nacionalismo, optó por el pragmatismo y por hablar el mismo lenguaje de sus acusadores apelando a sus contradicciones en enjuiciar a Chile con medidas excepcionales y discriminatorias.

Por otra parte, reformuló el diagnóstico crítico sobre la decadencia del mundo occidental, propio del hispanismo originario, ofreciéndolo ahora como explicación de la actitud negativa hacia Chile de los países del hemisferio norte. Si, este diagnóstico se fue llenando de nuevos significados con el precisarse del modelo refundacional impulsado por el régimen. La condena de los males del Estado benefactor, la denuncia de los efectos de la hegemonía cultural de la izquierda, el énfasis en temáticas valóricas, derivaban así en una serie de argumentos que apuntaban a hacer del modelo chileno, basado en la síntesis ideológica neoliberal-conservadora defendida por el grupo que animaba la revista, una alternativa a la crisis que afectaba a otros países de Occidente. Al mismo tiempo, estos argumentos mostraban una fuerte sintonía con tendencias que estaban marcando la derecha en los países de capitalismo avanzado, reflejando una cultura derechista capaz de trascender el ámbito puramente nacional y crear puentes con lo que iba pasando en el mundo externo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alessandri, F. (1985). *La tradición hispana en la revista Portada*. En Cuadernos de información (Nº2), 115-136.
- Camacho, F. (2011). *Una vida para Chile. La solidaridad y la comunidad chilena en Suecia (1970-2010)*. Santiago: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.
- Casals, M. (2016). *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la "campana del terror" de 1964*. Santiago: LOM.
- Cavallo, A. (2008). *La Historia Oculta del Régimen Militar. Chile 1973-1988*. Santiago: Uqbar.
- Fernandois, J. (2005). *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial 1900-2004*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Garay, C. (2016). *Las relaciones internacionales bilaterales España-Chile (1936-1990)*. En Azcona, J. M. (dir.), *Emigración y relaciones bilaterales España-Chile (1810-2015)* (pp. 155-204). Madrid: Editorial Dykinson.
- Garay, C. (1993). *Teoría política y Carlismo en Chile. Osvaldo Lira SS.CC. y el Hispanismo*. En Aportes (Nº 22/23), 63-74.
- González, M. (2017), *Gonzalo Vial Correa: las sinuosidades de una trayectoria intelectual, 1969-1991*. Santiago: RIL Editores.
- González, M (2013) "El germen de un nuevo proyecto social. Los intelectuales de las revistas *Portada* y *Qué Pasa*. 1969-1980", En *Tiempo Histórico* (Nº6), 111-133.
- Huneus, C. (2016). *El régimen de Pinochet*. Santiago: Taurus.
- Monckeberg, M. O. (2009). *Los magnates de la prensa. Concentración de los medios de comunicación en Chile*. Santiago: Random House Mondadori.
- Munizaga, G. (1984). *Políticas Comunicacionales bajo regímenes autoritarios: el caso de Chile*. Santiago: CENECA.
- Pinto-Duschinsky, M. (1991). *Foreign Political Aid: The German Political Foundations and Their US Counterparts*. En *International Affairs* (Vol. 67, Nº 1), 33-63.
- Reyes, F., Ruiz C. y Sunkel, G. (comp.). (1986). *Investigaciones sobre la prensa en Chile 1974-1984*. Santiago: Ilet.
- Rinke, S. (2013). *Encuentros con el yanqui: norteamericanización y cambio socio-cultural en Chile, 1898-1990*. Santiago: Centro de investigaciones Diego Barros Arana-DIBAM.
- Ruiz, C. (1983). *Transformaciones en el discurso de la prensa. El caso de la revista Qué Pasa*. Santiago: Cenece.
- Ruiz, C. (1986). *Medios de Comunicación e identidades políticas. El caso de revista Qué Pasa*. En Reyes, F., Ruiz C. y Sunkel, G. (comp.), *Investigaciones sobre la prensa en Chile 1974-1984* (pp. 129-144). Santiago: Ilet.
- Ruiz, C. (1992). *El conservantismo como ideología. Corporativismo y neo-liberalismo en las revistas teóricas de la derecha*. En Cristi, R. y Ruiz, C., *El pensamiento conservador en Chile* (pp. 103-123). Santiago: Editorial Universitaria.
- Santa Cruz, E. (1988). *Análisis Histórico del Periodismo Chileno*. Santiago: Nuestra América Ediciones.
- Sepúlveda Contreras, M., Montealegre, J. y Chavarría Contreras, R. (2017). *¿Apagón cultural?: El libro bajo dictadura*, Santiago: Asterion.
- Sunkel, G. (1983). *El Mercurio: 10 años de educación político-ideológica (1969-1979)*. Santiago: Ilet.

